

LA ROYAL NAVY Y EL RESCATE DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN DINAMARCA

Margarita CIFUENTES CUENCAS
Doctora en Historia
Universidad Rey Juan Carlos
Recibido: 15/02/2021 Aceptado: 05/03/2021

Resumen

En el año 1808 ocurrió un sorprendente y poco conocido suceso de la historia militar de España. Una bella gesta protagonizada por soldados españoles, y que pasó a la historia como la epopeya heroica de los 15.000 llegados del Norte. La hazaña de unos españoles que, alejados de su patria por la ambición de Napoleón y la incapacidad o cobardía de nuestros gobernantes, supieron, llegado el momento, hacer honor a lo que su deber les imponía. Me refiero a las tropas españolas que, a las órdenes del marqués de La Romana, fueron enviadas a Dinamarca como auxiliares de las tropas napoleónicas en su lucha contra Inglaterra y Suecia, y a su posterior y épica evasión al conocer los trágicos sucesos ocurridos durante aquella primavera en España. La fuga nunca hubiese sido posible sin la imprescindible colaboración de la Marina Real británica.

Palabras clave: Royal Navy, marqués de La Romana, Napoleón, Dinamarca.

Abstract

In 1808 a surprising and little known event in Spain's military history took place. A beautiful feat starring Spanish soldiers, and which went down in

history as the heroic feat of the 15,000 troops who arrived from Northern Europe. The story of some Spaniards driven away from their homeland by Napoleon's ambitions and by the unfitness or cowardice of their rulers. The Spanish troops that, under the command of the Marquis de la Romana, went to Denmark to support the Napoleonic army in its fight against England and Sweden and who, after learning of the tragic events that occurred during the spring in Spain, conducted an epic escape. The escape would have never been possible without the help of the Royal Navy.

Key words: Royal Navy, Marquis de la Romana, Napoleon, Denmark.

La expedición a Dinamarca de las tropas del marqués de La Romana



Retrato del marqués de La Romana, de Vicente López. Museo del Prado

EN marzo de 1807, Napoleón exigió a España, al amparo del tratado de San Ildefonso de 1796, que le proporcionase un cuerpo de ejército para que se trasladase al norte de Alemania, con el objetivo de hacer cumplir el bloqueo continental. Pensaba que la única manera de vencer a Inglaterra, su eterna enemiga, ya que no lo podía hacer ni por tierra ni por mar, era ahogando su economía. Y para conseguirlo era preciso un bloqueo absoluto que impidiese a los ingleses comerciar con el continente. Al fin y al cabo, Bonaparte consideraba a Inglaterra una nación de tenderos.

La corte de Madrid no tuvo más remedio que someterse a las exigencias de su poderoso aliado. En mayo de 1807 se dieron las órdenes oportunas y comenzaron los preparativos para la organización del cuerpo expedicionario. Contaría con dos divisiones: una proce-

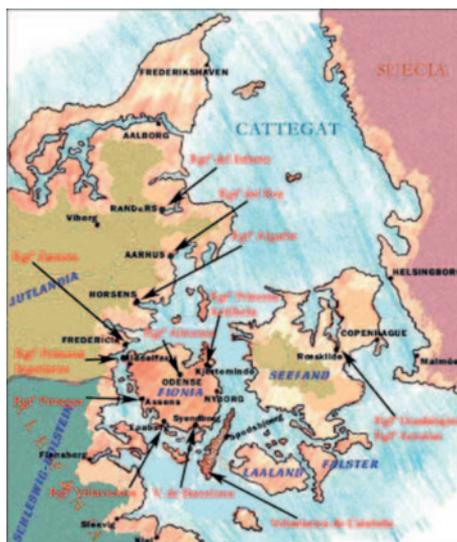
dente de Etruria¹, al mando del brigadier Salcedo; y otra procedente de España², al

(1) De Etruria partieron las siguientes tropas: el Regimiento de Línea Zamora (2.256 hombres); dos batallones del Regimiento de Línea Guadalajara (1.504 hombres); un batallón de Infantería Ligera de Voluntarios de Cataluña (1.200 hombres); el Regimiento de Caballería Ligera Villaviciosa (540 hombres); el Regimiento de Caballería de Línea Algarve (540 hombres), y una compañía de Artillería (100 hombres).

(2) De España partieron las siguientes tropas: un batallón del Regimiento de Infantería de Línea Guadalajara (778 hombres); los regimientos de Infantería de Línea de la Princesa (2.274

mando del general Kindelán, que sería, asimismo, segundo jefe del cuerpo expedicionario. Al frente de este estaría el teniente general don Pedro Caro Sureda, tercer marqués de La Romana, un destacado marino de guerra, formado en la Escuela de Guardiamarinas de Cartagena, que después de prestar servicio durante más de quince años en la Armada, había solicitado el pase al Ejército al estallar la guerra de la Convención, en 1793.

El cuerpo expedicionario español se integró en el Ejército del Elba, bajo el mando del mariscal Bernadotte, príncipe de Pontecorvo. Después de pasar varios meses acantonado entre Hamburgo y Lübeck, sin participar en ningún hecho de armas –salvo la toma a los suecos de la ciudad de Stralsund, donde los españoles destacaron por su valor–, en marzo de 1808 se ordenó su traslado a Dinamarca.



Mapa de los asentamientos de las tropas españolas (pág. web: <https://images.app.goo.gl/tc3riEKao6Vo2nT56>)

Napoleón, que ya tenía perfilados sus propios planes sobre la Península, ordenó la dispersión de las tropas españolas en pequeños destacamentos, alejados unos de otros, en multitud de islas. Trataba de evitar que esas tropas, cuando se enteraran de la invasión de España por las tropas francesas, se amotinasen de forma concertada y le causaran un verdadero problema. Al mismo tiempo ordenó que se retrasara e interceptara la correspondencia de los españoles y que se censuraran las noticias sobre España publicadas en la *Gazette Nationale* o *Moniteur Universal*. Pero estas medidas no evitaron que poco a poco comenzaran a llegar a los españoles algunas noticias, confusas y contradictorias, y casi siempre muy alarmantes, de cuanto venía ocurriendo en España.

El marqués de La Romana estaba preocupado. Desde el mes de enero había mandado cinco despachos a Madrid, y no había recibido respuesta. Aquel silencio, y las escasas y confusas noticias que se recibían, le impulsaron a enviar a Madrid, el 9 de marzo, a dos de sus ayudantes con la misión de informarse con detalle de la situación política y militar de España.

hombres) y Asturias (2.332 hombres); los regimientos de Caballería de Línea del Rey y del Infante (670 hombres cada uno); el Regimiento de Dragones Almansa (670 hombres); un batallón de infantería ligera del Regimiento Barcelona (1.245 hombres); un tren de artillería de 25 cañones, y una compañía de zapadores-minadores.



Soldados españoles y franceses en Dinamarca (1808). Örnstrup, Biblioteca Real de Copenhague (pág. web: <https://byroncillo.blogspot.com/2020/07/espanoles-en-lolland-1808-por-peter.html>)

Los expedicionarios empezaron a estar cada vez más alarmados. Algunas cartas que conseguían eludir la censura describían la creciente indignación de los españoles con los franceses. Y pronto conocieron los sucesos del 2 de mayo en Madrid, las vergonzosas escenas de Bayona protagonizadas por Carlos IV y Fernando VII, y la designación de José I como rey de España, por decisión de su hermano Napoleón. El desasosiego y la intranquilidad empezaron a hacer mella en las tropas.

A mediados del mes de junio, el mariscal Bernadotte comunicó de forma oficial al marqués de La Romana que José Bonaparte había sido proclamado rey de España por la Asamblea reunida en Bayona. Podemos imaginar la consternación que debió de suponer para el general español la lectura de aquella carta. El marqués de La Romana era un monárquico convencido y, además, un patriota de corazón. Haciendo un esfuerzo de contención, se limitó a comunicar la noticia a los mandos de las distintas unidades con un lacónico oficio de fecha 24 de junio: «Acabo de recibir un oficio de S.A.S. el príncipe de Pontecorvo participándome que S.M. José Napoleón, rey de Nápoles, ha sido proclamado por nuestro Soberano, y en tanto que recibo posteriores órdenes lo comunico a usted para su inteligencia y gobierno».

Aquel mismo día 24 de junio, regresaban a Dinamarca los ayudantes enviados por La Romana a España, después de haber sido testigos presenciales de los sucesos del 2 de mayo en Madrid. Los rumores de cuanto venía ocurriendo en España se confirmaban: había estallado la guerra con Francia. El 24 de junio marcó un antes y un después. Ya no había dudas de lo que estaba ocurriendo en España y de los verdaderos planes de Napoleón. A partir de entonces resultaría muy difícil contener a la tropa. Conocidos los hechos, el ambiente se fue enrareciendo cada vez más, pero poco se podía hacer, al menos de momento. Cualquier intento de enfrentamiento, a miles de kilóme-

tros de España y completamente rodeados de fuerzas francesas y danesas, hubiese resultado un acto suicida, una temeridad³.

El marqués de La Romana quería escapar de Dinamarca con sus tropas, pero no sabía cómo. Además, se veía obligado a mantener la calma y la aparente buena relación con los franceses ya que, al menos formalmente, eran sus aliados.

Los ingleses entran en acción

Pocos días después del levantamiento del 2 de mayo de 1808, y ante el vacío de poder, comenzaron a constituirse por toda España juntas patrióticas que asumieron la autoridad en nombre de Fernando VII. Las de Asturias, Galicia y Sevilla no tardaron en ponerse en contacto con Gran Bretaña para tratar de formalizar una alianza contra Napoleón. La legación que envió a Londres la Junta Suprema de Sevilla estaba encabezada por el jefe de escuadra Ruiz de Apodaca; su ayudante, el teniente de fragata don Rafael Lobo, y como secretario, el teniente de navío Lorenzo Noriega. Llegaron a mediados de julio a la capital británica, donde fueron muy bien recibidos. Allí estaban los comisionados de Asturias y Galicia, entre estos el teniente de navío Freire y el de fragata Bermúdez de Castro, ambos retirados.

Una de las misiones de las legaciones era precisamente conseguir reparar las tropas españolas del marqués de La Romana. El gobierno inglés conocía la existencia del cuerpo expedicionario español, pero solo poseía vagas noticias sobre su paradero. Al frente de la escuadra inglesa en el Báltico, compuesta de once buques de línea y cinco fragatas, se encontraban el almirante Saumarez y sus contralmirantes Hood, Keats y Bertie. El buque insignia de la escuadra era el glorioso *Victory*, el mismo en el que murió Nelson en el transcurso de la batalla de Trafalgar. Londres encargó a Saumarez contactar con los españoles y comunicarles su colaboración en la fuga de Dinamarca. Pero la Royal Navy, por más que lo intentó, no consiguió contactar con los españoles. Para evitar toda comunicación, el mariscal Bernadotte había ordenado que cualquier barco enemigo o extraño que se acercara a la costa danesa fuese recibido a cañonazos, aunque llevase bandera de parlamento.

Ante la imposibilidad de la Royal Navy de contactar con los españoles, el ministro británico de la guerra, lord Castlereagh, aceptó la sugerencia del

(3) Véanse las memorias de don José O'Donnell (AGI, leg. 2, carpeta 4, f. 6) y de don Agustín del Llano, *ibidem*, ff. 8 y 9; CLONARD, Conde de: *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas. Desde la creación del Ejército permanente hasta nuestros días* VI, Ed. Castillo, 1851, cap. XIII, pp. 139-140; GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO DE ELEXABEITIA, José: *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814 I*, Imprenta y litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1878, pp. 151-154; GODCHOT, Colonel: *En Danemark. Les Espagnols du marquis de la Romana (1807-1808)*, Edit. Auguste Picard, París, 1924, pp. 262 y 272.



Retrato del almirante Saumarez. National Maritime Museum

general Wellesley (futuro lord Wellington): ya que no podían contactar desde el mar, lo harían por tierra.

Se encomendó la misión a James Robertson, un clérigo católico de Escocia que hablaba correctamente alemán y, por tanto, no levantaría sospechas entre los franceses. El sacerdote escocés desembarcó en el norte de Alemania y, disfrazado de comerciante alemán, viajó hasta Nyborg, en la isla danesa de Fionia, ciudad en la que tenía su cuartel general el marqués de La Romana. Solicitó audiencia para mostrarle al marqués el tabaco y el chocolate que portaba⁴. Durante la entrevista, y para sorpresa de La Romana, Robertson le confesó quién era y, para acreditarlo, le recitó un verso del *Mío Cid*. El marqués enseguida lo reconoció. Años atrás había discutido varias veces sobre ese verso con su amigo Hookham Frere, antiguo embajador británico en Madrid. Sin duda, aquel misterioso comerciante era un enviado del gobierno inglés.

El sacerdote le habló de la situación en España –que coincidía con lo que La Romana ya sabía a través de sus ayudantes–, de la llegada a Londres de delegaciones de las juntas de Asturias, Galicia y Sevilla, y del deseo del gobierno inglés de ayudar en la fuga⁵. El marqués le manifestó

(4) RAYMOND, David John: *The Royal Navy in the Baltic from 1807-1812*, Florida State University, 2010, p. 164.

(5) Se había elaborado un documento titulado «Directivas de las comunicaciones hechas al marqués de La Romana», en el que se decía: «El gobierno inglés recogerá con sus barcos las tropas españolas, no importa de qué punto, que ellas propongan; y las encaminará hacia España. El Gobierno inglés se compromete a dar asistencia en dinero y hombres, y todos los otros medios que tenga a su disposición, a partir de su marcha para luchar contra la presente usurpación francesa en España. Esto ha sido proclamado así por las regiones de los dominios y dependencias españolas, nosotros hacemos causa común con las agrupaciones que se han declarado por la integridad de la monarquía española. Si las tropas españolas prefieren ser conducidas a Mallorca, o a otro puerto de las colonias del Sur de América, les serán proporcionados todos los medios para que puedan hacerlo». GODCHOT, ob. cit., p. 374; COSTA SIMÓN, Miquel Francisco: *El marqués de la Romana. L'expedició a Dinamarca (1807-1808)*, El Tall Editorial, 1990, pp. 92-93.

su intención de fugarse de Dinamarca y agradeció la ayuda de la Royal Navy en tal empresa. Por sus propios medios, nunca lo hubiese conseguido.

Robertson abandonó Nyborg y, tras muchas peripecias, se puso en contacto con la escuadra inglesa del Báltico. El 28 de julio estaba a bordo del *Victory*, informando al almirante Saumarez de sus gestiones⁶. El almirante ordenó al contralmirante Richard Keats que, con la flota bajo su mando –que entonces comprendía los buques *Redoutable*, *Edgar*, *Brunswick*, *Kite*, *Minx* y *Devastation*–, hiciera las averiguaciones oportunas para determinar cómo se podría llevar a cabo la evacuación de las tropas españolas⁷.

Mientras tanto, el marqués de La Romana reunió a sus oficiales más cercanos, les comentó su reunión con Robertson y les manifestó su decisión de fugarse de Dinamarca con la ayuda de la Royal Navy. Entonces se esbozó un atrevido y arriesgado plan que permitiría concentrar a todos los españoles en Nyborg, para proceder desde allí a su evacuación por mar. La excusa para tal concentración tenía que ser creíble, a fin de no levantar sospechas. Y se pensó argumentar que se trataba de una revista de inspección de todas las tropas, que terminaría con una gran parada militar en honor del mariscal Bernadotte⁸.



Retrato del contralmirante Keats. National Maritime Museum

Las órdenes de jura al rey José I

Se encontraba el marqués de La Romana preparando el plan de fuga cuando, de repente, le llegó un escrito del mariscal Bernadotte que iba a complicar, aún más, su difícil situación: José Bonaparte había ordenado que las tropas españolas acantonadas en Dinamarca jurasen fidelidad al nuevo rey y a la

(6) RAYMOND, ob. cit., p. 165.

(7) *Ibidem*, p. 165.

(8) MÖRNER, Magnus: *El marqués de la Romana y el mariscal Bernadotte. La epopeya singular de la División del Norte en Dinamarca (1808)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004, p. 77.

Constitución (el Estatuto de Bayona)⁹. A continuación del juramento se daban instrucciones adicionales, conforme a las cuales los soldados debían refrendar el compromiso mediante «vivas al rey y tres descargas cerradas de fusilería»¹⁰.

La Romana sabía muy bien que aquel juramento no sería aceptado por sus hombres. Pero, si se negaba a cumplirlo, corría el riesgo de un enfrentamiento directo con los franceses, en cuyo caso se frustraría por completo su plan de fuga. Así pues, decidió retrasarlo lo máximo posible. Como excusa alegó que no podía hacer cumplirlo «conforme a la fórmula prescrita por la Constitución y de acuerdo con los usos del Ejército español», tal y como se exigía en la orden, porque esos «usos» no existían, cosa que era cierta –en el Ejército español de aquella época no se juraba fidelidad al rey, sino a las banderas–.

Al recibir la respuesta, Bernadotte se inquietó. Las palabras de La Romana no eran tranquilizadoras. ¿Le estaría traicionando? En realidad, Bernadotte, antes de enviar la orden a La Romana, ya debía de albergar alguna sospecha, pues remitió una circular a los mandos franceses de las plazas en las que se

(9) El escrito de Bernadotte a La Romana decía lo siguiente: «Campo de Rendsburg, 22 de julio de 1808 A.S.E. el Sr. marqués de La Romana, jefe de las tropas españolas. = Tengo el honor, Sr. marqués, de enviaros veinte ejemplares de la Constitución Española, aprobada por la Junta y por el rey. Su Majestad, en la última sesión de la Junta, recibió el juramento de todos sus miembros. Después ha sido conducido con gran pompa hasta la frontera de España, por su augusto hermano Su Majestad el Emperador y rey, siendo por todas partes recibido con las más vivas aclamaciones. Los habitantes se acercan a su paso para rendirle homenaje: tales son las noticias que acabo de recibir por un correo extraordinario, que ha abandonado a Su Majestad en la tercera jornada de su viaje. Según las órdenes que he recibido, se servirá hacer prestar, por todas las tropas de su División, el juramento que deben al rey José Napoleón. La prestación se hará por regimientos, levantándose un proceso verbal para cada uno. El juramento de V.E. y el de todo su Estado Mayor, será objeto de un proceso verbal particular. Por lo demás todo se hará conforme a la fórmula prescrita por la Constitución y de acuerdo con los usos del Ejército español. = Las cartas que he recibido, me anuncian que todo está tranquilo en Madrid, Navarra, Cataluña, Vizcaya, Burgos, Valladolid, Segovia, Toledo, Cuenca, Pamplona, Valencia, etc. Ha habido algunos grupos de contrabandistas y malhechores, escapados de los presidios, pero las medidas adoptadas restablecen la calma en todas partes. La llegada del rey a Madrid, su proclamación y la de la Constitución, terminarán con cualquier intranquilidad. En Burgos esperaban a Su Majestad diputados de las grandes ciudades del Reino, para acompañarle a su capital con toda solemnidad. = El rey y la Junta han quedado sumamente satisfechos del informe que yo he dado referente a vuestra División, y no dudo que Su Majestad os signifique en breve de un modo particular la estimación en que os tiene. = Al remitiros, Sr. marqués, la nueva Constitución de vuestro país, no puedo menos de felicitaros, a vos, que yo considero como un verdadero español, y de expresaros la dicha que experimento viendo a vuestra nación dispuesta a recuperar el rango eminente debido a su antigua ilustración. Os renuevo, Sr. marqués, la expresión de mi más sincera adhesión. = J. J. Bernadotte = P.E.- A fin de que la prestación del juramento no experimente retardo, y que la inminente llegada de los procesos verbales a Madrid permita participar a vuestra División de todas las ventajas del nuevo Gobierno, yo he resuelto enviar oficiales con instrucciones iguales al mariscal de campo Kindelán en Jutlandia y al brigadier Dellevilleuze, en Selandia, notificándoles que V.E. queda prevenido de esta disposición. Todos los procesos verbales se reunirán en mi Cuartel General, donde también me dirigiéis los vuestros por un ayudante de campo, que los llevará todos al rey». GODCHOT, ob. cit., p. 338; MARTÍNEZ GUTIÁN, Luis: *El marqués de la Romana*, Edit. Aldus Artes Gráficas, Santander, 1944, p. 67.

(10) MÖRNER, ob. cit., pp. 71-72.

hallaban tropas españolas para que tomaran «las medidas necesarias por si hay oposición, para que juren por la fuerza»¹¹. También el rey danés, a instancia de los franceses, ordenó a su ejército que colaborase con estos en el cumplimiento exacto de esta orden.

Ante la postura adoptada por La Romana, la respuesta de Bernadotte fue contundente: insistió, con vehemencia, en que la orden del juramento fuese cumplida de inmediato. El marqués se encontraba en una encrucijada. El plan de fuga todavía no estaba ultimado. Ni siquiera había conseguido contactar con los barcos ingleses, incapaces de acercarse a la costa. Necesitaba más tiempo. Y la única opción que le quedaba, si no quería buscarse un conflicto aún mayor, era plegarse a los dictados de Bernadotte y cumplir la orden de juramento.

La jura de los soldados expedicionarios en Dinamarca

En algunas unidades, el juramento se llevó a cabo con normalidad. Este fue el caso del depósito de la división, situado en el barrio de Altona, a las afueras de Hamburgo, bajo el mando del brigadier Guillermo Hermosilla. O de las tropas acantonadas en Jutlandia, bajo el mando del general Kindelán, un destacado afrancesado.

Pero, en otras unidades, el acto estuvo plagado de incidentes¹². En Fionia y Langeland, algunas unidades juraron sin dar los vivos ordenados o introduciendo modificaciones en la fórmula del juramento; los artilleros juraron lo que jurasen sus oficiales; los zapadores se negaron rotundamente a hacerlo; los Dragones de Almansa interrumpieron la lectura de la orden con gritos de «¡viva España! ¡Muera Napoleón!». Al ir a jurar un batallón del Regimiento de la Princesa, los oficiales y la tropa se agruparon alrededor de la bandera y, con la vista fija en ella, permanecieron un buen rato en absoluto silencio, hasta que salió de filas un cabo y, dirigiéndose al marqués de La Romana con el arma presentada, le dijo con respeto, pero también con contundencia: «Mi general: yo no quiero jurar; sé muy bien que el no obedecer es un delito capital, y me presento para ser fusilado, porque en tratándose del juramento, de ninguna manera obedeceré, mándelo quien lo mandare».

Los incidentes más graves se produjeron en la isla de Selandia, donde estaban acantonados los regimientos de Infantería Asturias y Zamora. La tropa se sublevó al grito de «¡viva Fernando VII y muera Napoleón!». Durante los altercados, mató a un oficial francés. Al final, los oficiales pudieron contenerla. En represalia, los franceses la desarmaron y dispersaron en pequeños destacamentos por el interior de la isla, bajo la vigilancia de tropas danesas.

(11) GODCHOT, ob. cit., p. 340.

(12) CIFUENTES CUENCAS, Margarita: «Juan Miguel Páez de la Cadena. El auditor que se burló de Napoleón», *Revista Española de Derecho Militar*, núm. 113, 2021.



Juramento de las tropas españolas según Manuel Castellano. Museo del Prado

Ante los incidentes ocurridos, La Romana, asesorado por su auditor, cambió el texto del juramento, que pasó a ser el siguiente: «En la suposición de que la Nación española, de la que somos parte, y a la que protestamos querer vivir y morir siempre unidos, haya prestado por medio de sus representantes legítimos, y con plena libertad, el juramento que se nos exige, juramos fidelidad y obediencia al rey José Napoleón, a la Constitución y a las Leyes»¹³.

Las unidades realizaron de nuevo el juramento, de acuerdo con el texto ideado por el auditor. Este texto, además de alterar sustancialmente la fórmula ordenada, dejaba cualquier compromiso en el aire, dependiendo de cuanto estuviera ocurriendo en España. En realidad, a esas alturas todos sabían muy bien lo que estaba sucediendo en su patria. Y, desde luego, tenían constancia de que ningún «representante legítimo» había jurado fidelidad al rey José, sino más bien todo lo contrario.

El mariscal Bernadotte, al leer el texto que habían jurado los españoles, montó en cólera. Aquello era un desacato y una insolencia hacia su persona. De inmediato envió a La Romana una carta en la que le manifestaba su malestar, no admitía el juramento hecho, y exigía que se jurase de nuevo según la fórmula prescrita¹⁴.

(13) MUÑOZ MALDONADO, José: *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1814 I*, Imprenta de José Palacios, Madrid, 1833, p. 421.

(14) Memorias de Del Llano, AGI, leg. 2, carpeta 4, f. 15, y de O'Donnell, AGI, leg. 2, carpeta 4, f. 8v; GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO DE ELEXABEITIA, ob. cit. III, pp. 180-181; GODCHOT, ob. cit., pp. 381-382; MÖRNER, ob. cit., p. 75.

Este ultimátum colocaba al marqués en una situación muy difícil. Si cumplía la orden, se exponía a la rebelión de sus tropas; si se oponía, todos serían apresados y jamás podrían escapar de Dinamarca. Así se encontraba la noche del 6 al 7 de agosto, ante esta tremenda disyuntiva, cuando, de forma inesperada, llegó la solución a sus problemas: su ayudante, José O'Donnell, le anunció la llegada de los oficiales Carreras y Fábregues, del Batallón de Cataluña, procedentes de Langueland, con despachos de extraordinaria importancia¹⁵.

El contacto con la Royal Navy

Desde hacía varios días, en la isla de Langueland, el teniente Félix Carreras y el subteniente Juan Antonio Fábregues, del 1.º Batallón de Cataluña, habían tomado la iniciativa de intentar contactar, por su cuenta, con la flota británica. Un día, Fábregues fue comisionado para llevar unos despachos al general Fririon, en la vecina isla de Selandia. Al regresar de la misión, en plena noche, divisó tres buques ingleses cercanos a la costa. Al ver las luces de los barcos, vislumbró la oportunidad que tanto buscaba. Les dijo a unos pescadores daneses que era portador de unos pliegos oficiales y que pagaría muy bien si le llevaban de regreso a Langueland. Embarcó en la lancha de los pescadores, y cuando estaban apenas a cuatro leguas de los navíos ingleses, empuñó su sable y les ordenó que le llevaran a bordo de alguno de los barcos enemigos. Usando un pañuelo blanco, atrajo la atención de los navíos y logró que uno de ellos, el *Edgard*, lo recogiera¹⁶.

Fábregues fue muy bien recibido por MacNamara, el capitán inglés del navío de línea *Edgard*. Le explicó quién era y que quería ser útil en la huida de sus compañeros. Fábregues fue conducido ante el contralmirante sir Richard Goodwin Keats, a bordo del *Superb*. Allí se encontró con el teniente de navío Rafael Lobo –ayudante del almirante Ruiz de Apodaca, de la Junta de Sevilla–, que acababa de llegar de Londres a bordo del bergantín *Mosquite* y portaba pliegos de las juntas de Sevilla, Asturias y Galicia para el marqués de La Romana. Fábregues les explicó a Keats y Lobo el estado y la situación de cuerpo expedicionario: 4.000 hombres en Selandia, 4.000 en Fionia, 4.000 en Jutlandia y 1.200 en Langueland.

Al terminar la reunión, el contralmirante Keats escribió una carta a La Romana¹⁷:

(15) Memorias de Del Llano, AGI, leg. 2, carpeta 4, f. 16, y de O'Donnell, AGI, leg. 2, carpeta 4, f. 10; GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO DE ELEXABEITIA, ob. cit. III, pp. 181-182; GODCHOT, ob. cit., pp. 382-383.

(16) Inserta en la *Gazeta de Madrid* de 8 de noviembre de 1808 (p. 1442), existe una carta del subteniente Fábregues, dirigida a su hermano Pedro Pascual y escrita a bordo del navío *Edgard*, de su majestad británica, en el Súd, frente a Elseiot, a fecha 28 de agosto, gracias a la cual conocemos al detalle su narración sobre la forma en la que se sucedieron los acontecimientos.

(17) El texto completo de esta carta puede verse reproducido, en francés, en GODCHOT, ob. cit., pp. 385-386.

«A bordo del *Superb*, en aguas de Langueland, a 5 de agosto de 1808. Señores oficiales de las tropas de Su Majestad Católica. Tengo el honor de informaros que he recibido orden de mi Gobierno de comunicar con las fuerzas de vuestra nación próximas a mis actuales fondeaderos, y de concertar con ellas medidas que aseguren su evasión desde cualquier lugar de embarque del que puedan hacerse dueñas, poniéndolas en seguridad hasta la llegada de los transportes encargados de conducir las a España (...). Solicito una comunicación confidencial y sin reserva, por medio del portador de la presente, o por cualquier otro medio (...). Durante algunos días todas las embarcaciones a mis órdenes se hallarán dispuestas a recibir las canoas que se aproximen a ellas con bandera de parlamento. (*firmado*) R.G. Keats».

También el teniente de navío Lobo redactó un escrito para el marqués en el que daba cuenta exacta del estado de España en esos momentos y del espíritu de patriotismo de sus habitantes, e invitaba al general español a embarcar sus tropas en los buques ingleses¹⁸.

Fábregues se ofreció a llevar la carta de Keats, el informe de Lobo y los pliegos de las juntas que portaba este último al marqués de La Romana. Durante la noche del 5 al 6 de agosto desembarcó en un paraje solitario de la costa de Langueland, desde donde logró llegar sin ser visto a Rudkoibing¹⁹. Dio novedades a sus jefes²⁰, pero el orgullo de dar a conocer su hazaña le hizo cometer algunas indiscreciones, y la noticia llegó a oídos del teniente coronel francés Gaultier, que no tardaría en alertar a sus jefes. Si los españoles no se daban prisa, la fuga sería un estrepitoso fracaso.

El sargento mayor de su batallón, Ambrosio de la Cuadra, envió a Fábregues a la isla de Fionia, acompañado del teniente Carreras, y les entregó una carta de presentación para el teniente coronel José O'Donnell, del estado mayor de La Romana. Poco después de la medianoche del 6 al 7 de agosto, Carreras y Fábregues llegaron a Nyborg, en la isla de Fionia, y sin tiempo que perder se presentaron en casa de O'Donnell²¹. Este les condujo ante el marqués, que leyó con impaciencia los documentos que portaban. Nada más terminar su lectura, dio las órdenes oportunas para que el plan de fuga se pusiera inmediatamente en marcha. La suerte estaba echada. Ya no era posible la vuelta atrás.

(18) GELLA ITURRIAGA, José: *La Real Armada de 1808*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1974, p. 93.

(19) Lobo relata en sus memorias que la mañana del día 6, mediante una señal convenida con Fábregues, supieron que todo había salido felizmente y que los pliegos marchaban para Nyborg, donde se hallaba el general en jefe. GELLA ITURRIAGA, ob. cit., p. 92.

(20) En el AHM se custodia la interesantísima «Memoria Justificativa» de Juan Antonio Fábregues, subteniente del 1.º Batallón de Voluntarios de Cataluña, escrita por él en Sevilla en octubre de 1816, en la que se narran los hechos ocurridos aquellos días en Dinamarca. Como anexos se incluyen las certificaciones de Pantaleón Moreno y Daoíz, ministro y encargado de negocios de su majestad en Suecia, y también del capitán MacNamara, a bordo del navío *Edgar*. AHM, Guerra de la Independencia, leg. 2, carpeta 5.

(21) Extractos de las memorias de Ambrosio de la Cuadra, publicados por GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO DE ELEXABETIA, ob. cit. III, p. 187, n. 1; GODCHOT, ob. cit., p. 387.

El plan de fuga

El plan de fuga era sencillo, arriesgado y, sobre todo, ingenioso. Y consistía en lo siguiente:

- adueñarse de la isla de Langeland por las tropas allí estacionadas²²;
- adueñarse asimismo de la ciudad de Nyborg, apoderarse de las seis baterías danesas y de todas las embarcaciones del puerto;
- reunir rápidamente todas las tropas de la isla de Fionia²³, en la población de Nyborg;
- trasladar las tropas de Jutlandia²⁴ a la ciudad de Nyborg;
- trasladar también todas las tropas concentradas en Nyborg a la isla de Langeland, utilizando los barcos que se pudiesen requisar a los daneses;
- alertar a los dos regimientos²⁵ de Selandia de que estuvieran preparados a fin de concentrarse en un puerto idóneo para su embarque, lo que era realmente difícil debido a su situación –desarmados y diseminados por la isla, como castigo a su violenta insubordinación el día de la jura–;
- esperar en la isla de Langeland la llegada de los barcos de transporte ingleses.

El marqués de La Romana envió oficiales de confianza con instrucciones verbales para los mandos acantonados en las diversas islas. En el caso de encontrar el menor atisbo de resistencia de algún jefe, tenían que arrestarlo y dar el mando a alguno de sus subordinados que estuviese dispuesto a cumplir las órdenes.

Todos los jefes acataron la orden con entusiasmo, salvo los mandos del Regimiento Algarve, que alegaron todo tipo de excusas²⁶. Incluso Kindelán, declarado afrancesado, fingió cumplir la orden. Pero, en realidad, lo hizo para

(22) Batallón de Voluntarios de Cataluña y una pequeña parte del Regimiento Villaviciosa.

(23) Regimiento de Infantería de la Princesa, regimientos de Caballería Almansa y Villaviciosa, batallón de infantería ligera del Regimiento Barcelona y compañía de zapadores.

(24) Regimiento de Infantería Zamora, y regimientos de Caballería del Rey, del Infante (en Randers) y Algarve.

(25) Regimientos de Infantería Asturias y Guadalajara.

(26) La indecisión de los mandos de este regimiento hizo perder un tiempo muy valioso. Al final, solo el capitán Antonio Costa, acompañado por ocho oficiales y dos escuadrones de jinetes, decidió cumplir las órdenes de La Romana y se dirigió hacia la playa con la esperanza de encontrar embarcaciones. Pero, para entonces, Bernadotte ya sabía los planes de fuga de La Romana gracias a Kindelán. Una brigada francodanesa persiguió a los españoles y los alcanzó en la playa de Fredericia. Costa intentó negociar una capitulación, siempre que se les perdonara la vida y se les permitiera volver a España. Pero Bernadotte, que había acudido en persona a la playa, se negó: solo admitía la rendición sin condiciones, añadiendo que, en represalia, iba a fusilar en el acto a los oficiales y a diezmar a la tropa. Costa, al ver que no había otra solución que la rendición incondicional, avanzó a caballo hacia los franceses y se declaró único responsable de todo aquello, pidiendo que se respetara a sus hombres, quienes no habían hecho otra cosa que obedecer. Y, tras estas palabras, empuñó una pistola, se volvió hacia sus subordinados y añadió: «Os he engañado y debo morir. Recuerdos a España de Antonio Costa». Tras lo cual disparó el arma y cayó muerto sobre la arena.

evitar ser arrestado por sus subordinados. Inmediatamente se dirigió a Holding, donde se hallaban acantonados los franceses, y desde allí escribió a Bernadotte para advertirle del proyecto de fuga del marqués de La Romana.

Los regimientos acantonados en Jutlandia (salvo el Algarve) se pusieron en marcha. Solicitaron embarcaciones a las autoridades danesas, con la excusa de que tenían que trasladarse a Nyborg para obligar a las tropas allí estacionadas a jurar al rey José por la fuerza. Los daneses aún no habían sido alertados por los franceses, por lo que accedieron a la petición.

La misión de concentrarse en Nyborg por las tropas de Fionia y Jutlandia se cumplió a la perfección. El contralmirante Keats desembarcó en esta ciudad y se entrevistó con el marqués de La Romana. Ambos jefes, hasta hacía poco enemigos, convertidos ahora en aliados, convinieron en la necesidad de escapar de allí antes de que llegaran los franceses, activando en todo lo posible el embarque de las tropas. Y así se hizo. El 11 de agosto de 1808 se inició dicho embarque en los numerosos barcos daneses requisados en el puerto de Nyborg, operación que concluyó al caer la noche²⁷. Al día siguiente, los barcos pusieron rumbo a la isla de Langueland, protegidos por una corbeta, un bergantín y varias cañoneras inglesas.

En la isla de Langueland

Debido al estado de la mar, los barcos no llegaron a Langueland (tomada ya por los españoles desde hacía unos días) hasta el 13 de agosto. Los recién llegados enseguida tomaron posiciones en diversos puntos de la isla por si atacaban los franceses (y sus aliados daneses), que ya habían pasado de la península de Jutlandia a la isla de Fionia. En esos momentos se concentraban en Langueland unos 9.000 soldados españoles y 200 mujeres y niños que los acompañaban (casi todas esposas e hijos de oficiales).

Los franceses consiguieron introducir en Langueland proclamas editadas en francés y español, dirigidas a los soldados expedicionarios, en las que acusaban al marqués de La Romana de haberlos vendido a los ingleses, que los llevarían a servir a la India o a Canadá, de donde no volverían jamás²⁸. En

(27) Ese mismo día, el contralmirante Keats, desde el *Superb*, enviaba una carta al almirante Saumarez informándole de la salida de las tropas expedicionarias de Nyborg, destacando la ayuda brindada para el embarque. Decía así: «Debo referirme a la excelente conducta de nuestros marineros empleados en el servicio de poca duración, pero muy arduo. Resaltar los servicios del capitán MacNamara tan necesarios a bordo del *Edgar* que se había encargado del equipamiento, transporte y de las municiones. El embarque de las tropas se llevó a cabo bajo la supervisión del capitán Jackson del *Superb* y del capitán Lockyer del *Hound*. El capitán Smith de la *Devastation* y el capitán James del *Kite* se han mostrado infatigables en la ejecución de las diversas órdenes que les he dado. Una gran cantidad de circunstancias hacían más que probable durante ese tiempo un ataque en la retaguardia, por lo que las mayores precauciones eran necesarias». GODCHOT, ob. cit., p. 399.

(28) PRIEGO LÓPEZ, Juan: *La guerra de la Independencia, 1808-1814* II, p. 401. Los panfletos fueron leídos por la gran mayoría de los soldados españoles; MÖRNER, ob. cit., p. 98.

vista de lo cual les aconsejaban someterse de nuevo a sus órdenes, pues los recibirían con los brazos abiertos y todas sus culpas les serían perdonadas²⁹.

Para contrarrestar el efecto de aquellas insidiosas proclamas, La Romana dictó el 17 de agosto, en Rudkøbing, una alocución en la que apelaba a los más altos sentimientos patrióticos de sus soldados:

«¡¡¡Soldados!!! Queremos vivir y morir con nuestro pueblo (...) nada hay más justo ni más noble que volver a la Patria para defenderla, en lugar de servir como mercenarios bajo banderas extrañas (...). Allí seremos recompensados con la admiración general y el agradecimiento eterno de nuestros conciudadanos; aquí solo nos espera la infamia y el envilecimiento, insoportables para el soldado español, que nunca retrocedió, en cambio, ante una muerte honrosa»³⁰.

En los siguientes días, los españoles otearon sin descanso el horizonte en espera de ver llegar los barcos del almirante sir James Saumarez, sin cuyo auxilio sabían que nunca sería posible su evasión. La situación era crítica y, cada hora que pasaba, se hacía más insostenible.

La llegada del almirante Saumarez

El almirante Saumarez, comandante en jefe de la flota británica, tenía por misión apoyar a la flota sueca en caso de enfrentamiento con la rusa. Siguiendo las instrucciones del Almirantazgo, ese era su objetivo principal, por lo que salvar a los españoles se trataba de un objetivo secundario. Saumarez designó a Samuel Hood para que, con el grueso de la flota, siguiera adelante con la misión principal, mientras él se dirigía a Langueland. Al mismo tiempo se puso en contacto con el embajador Thornton, en Estocolmo, para que solicitara al gobierno sueco autorización para desembarcar a los españoles en Gotemburgo, como escala previa antes de conducirlos definitivamente a España³¹.

El 10 de agosto, Saumarez también escribió al barón de Toll, gobernador general de Escania, comunicándole las órdenes dadas al contralmirante Samuel Hood de reunirse con la escuadra sueca cerca de Hangö Udd, y solicitándole una pronta respuesta a su demanda de un lugar en Suecia donde poder desembarcar a los expedicionarios españoles. El barón de Toll le respondió que, lamentablemente, y contraviniendo su deseo más íntimo, no podía acceder a tal petición: estaba prohibido a cualquier cuerpo extranjero establecerse en tierra sueca sin la autorización expresa del rey. Por tanto, elevaría la solicitud al monarca.

(29) PRIEGO LÓPEZ, ob. cit. II, pp. 428 y 452. En el panfleto se les hacía saber que, en caso de regresar a Flensborg, se les concedería permiso para regresar a España. MÖRNER, ob. cit., p. 97.

(30) MARTÍNEZ GUTIÁN, ob. cit., pp. 94-95.

(31) GODCHOT, ob. cit., p. 488.



HMS *Victory*. National Maritime Museum (pág. web: <https://www.rmg.co.uk/explore/hms-victory>)

El 18 de agosto, el almirante Saumarez llegó a Langueland, lo que provocó una explosión de entusiasmo entre los españoles. Al día siguiente, *La Romana* subió a bordo del *Victory* —la misma nave donde, ironías del destino, había muerto Nelson durante la batalla de Trafalgar— y fue recibido con todos los honores. Se entrevistó con Saumarez y Keats, y el español enseguida apreció ciertas reticencias en los británicos. Los almirantes le expusieron que no habían recibido autorización para desembarcar en territorio sueco, y que los barcos de transporte enviados por Londres aún no habían llegado. Además, acababan de recibir la noticia de que la escuadra rusa había salido de Kronstadt, por lo que el enfrentamiento con la flota sueca podía ocurrir en cualquier momento y tendrían que acudir en su ayuda. *La Romana* les expuso lo delicado de su situación. Sus hombres no podían permanecer a salvo por mucho tiempo en Langueland, y la huida por su cuenta a través del mar, con las débiles naves danesas requisadas, era una misión imposible. *La Romana* tenía que convencer a los ingleses de que abandonasen momentáneamente su misión para prestarle toda la ayuda posible. Su situación era desesperada. Entonces, el marqués apeló directamente a sus sentimientos como marinos y militares de honor, admitiendo encendidamente «no haber emprendido sus tropas acción tan arriesgada, para permanecer en una lejana isla, donde sus servicios por grandes que fueran siempre estarían inmóviles, sino para consumir su grande obra de marchar sin demora en socorro de su país»³².

(32) Cit. por MÖRNER, ob. cit., p. 96.

Surtió efecto. La gravedad de las palabras del marqués terminó por vencer la resistencia del almirante Saumarez. Había que evacuar Langueland con los barcos de que disponían, sin esperar a la llegada de los transportes que, según Londres, ya se habían enviado –en realidad, no zarparían de Inglaterra hasta el 20 de agosto–.

Decidida la operación, Saumarez volvió al Báltico para reunirse con el grueso de su flota y la escuadra sueca, mientras Keats se encargaba de organizar el transporte de los españoles³³. En los barcos de Keats (los navíos de línea *Superb*, *Edgar*, *Brunswick* y *Gorgon*, más 4 corbetas y 7 bergantines³⁴) fueron embarcados todos los españoles que fue posible alojar. El resto tendría que viajar en los pequeños y débiles barcos daneses que se habían requisado.

El 20 de agosto, el marqués de La Romana hizo un último intento por salvar a los 4.000 soldados de los regimientos Guadalajara y Asturias que aún permanecían en Selandia, desarmados y dispersos en pequeños destacamentos, tras su violenta insubordinación el día de la jura al rey José. La Romana escribió una carta muy respetuosa al rey de Dinamarca en la que le pedía su liberación a cambio de la restitución de las naves y tripulantes daneses apresados en Nyborg. Pero, tal y como imaginaba, su intento resultó inútil. El barco parlamentario ni siquiera fue admitido en el puerto de Copenhague.

La valiosa ayuda de la Royal Navy

Al amanecer del 21 de agosto, y en medio de gran alborozo, comenzó el embarque de las tropas españolas frente a la batería de Spodsbjerg, protegiendo la operación el Batallón de Cataluña. Sobre la playa, en largas filas, ansiosos ante la proximidad de su vuelta a casa, aguardaban los soldados el anhelado momento de subir a las naves. Todos los botes y chalupas de la escuadra inglesa fueron empleados en el embarque, hasta que el último de los hombres encontró acomodo. Hacia las tres de la tarde todo concluyó felizmente, sin que ocurriera accidente alguno digno de reseñar³⁵.

Sobre la playa desierta de Langueland quedaban, dispersos y abandonados, los últimos restos del precipitado embarque. Carretas, furgones, cajones de munición, pertrechos de artillería, arneses, monturas, cureñas, tubos de cañón..., todo aquello que, por razones de peso y espacio, no se pudo embarcar.

(33) GELLA ITURRIAGA, ob. cit., p. 94.

(34) RAYMOND, ob. cit., p. 161.

(35) El coronel Armendáriz da cuenta en sus memorias del último acontecimiento vivido aquel día en Langueland: «Concluidos al fin los aprestos necesarios y embarcadas ya las tropas, se dio a la vela el 21, dejando solo abandonado en tierra un infeliz criminal sentenciado por las leyes a la pena de muerte, que se le conmutó en la de abandono y expatriación, por no señalar con la sangre de uno de sus individuos la época de libertad, en tan ilustre y memorable acontecimiento y cuya pena fue mucho más sensible en el momento a aquel desgraciado que la muerte misma, que prefería y en vano invocaba». Cit. por MÖRNER, ob. cit., p. 100.



Embarque de las tropas españolas según Juan Rodríguez Jiménez. Museo del Romanticismo, Madrid

El 21 de agosto amaneció templado y despejado, y una ligera brisa prometía una excelente navegación. A media tarde de aquel largo día de agosto, todo estaba listo para zarpar. La salida se había acelerado para esa misma tarde, a fin de adelantarse al ejército francés que, en esos precisos instantes, ultimaba en el puerto danés de Svendborg un ataque en toda regla contra la isla de Langeland.

Hacia las tres, el convoy zarpó rumbo a Gotemburgo sin haber recibido todavía autorización para desembarcar en dicha ciudad. Mientras se alejaban, los expedicionarios se despedían de aquellas tierras. Nunca volverían a verlas.

La navegación por la noche, en aquellos parajes llenos de arrecifes y bancos de arena, era una tarea temeraria, por lo que, a la caída de la noche y a falta de luz, los expedicionarios decidieron fondear en las proximidades de Bastemose, al norte de la isla de Langeland. Al amanecer dieron nuevamente la vela y, a eso del mediodía, volvían a fondear cerca de Nyborg, tanto porque se había calmado el viento, lo cual hacía muy difícil la navegación, como por haberse encontrado un convoy de 16 buques mercantes con víveres para el ejército procedentes de Inglaterra, convoy que les socorrió con algo de comida, muy a tiempo por la escasez en la que se hallaban³⁶. Keats mandó descargar los víveres en los buques de guerra y hacer pasar alguna tropa a ellos, aliviando de ese modo a los barcos de guerra, que venían sobrecargados³⁷.

(36) Memoria de Del Llano, AGI, leg. 2, carpeta 4, f. 15.

(37) GELLA ITURRIAGA, ob. cit., p. 94.



Mapa de la ruta seguida por los barcos de la Royal Navy en su fuga de Dinamarca (pág. web: <https://images.app.goo.gl/V9sSZ5aeQUUbgQoB8>)

El avance de las naves fue muy lento, a causa de los vientos poco favorables y de la imposibilidad de navegar de noche por unos mares tan llenos de islas y escollos. Pocas horas después, la flota anclaría cerca de la isla desierta de Romsø, desde donde el trayecto se hacía especialmente peligroso debido a los bancos de arena, por lo que el avance se volvió aún más lento y era obligado echar continuamente la sonda para medir el calado de las aguas.

El 22 de agosto, Saumarez escribió de nuevo al barón de Toll, gobernador de la provincia de Escania, comunicándole que los españoles ya habían partido de Langeland y se dirigían a Gotemburgo. El 26 recibió respuesta del barón: el rey sueco autorizaba el desembarco, pero no en Gotemburgo, sino en Escania. Pero el contralmirante Keats, desconocedor de esta noticia, seguía rumbo a Gotemburgo.

El 26 de agosto, el *Edgar* se separó del convoy con el fin de unirse al grueso de la flota británica. El buque desembarcó en el puerto de Helsingborg a los 862 soldados españoles que llevaba a bordo, los cuales deberían seguir a

pie hasta Gotemburgo. En Helsingborg, la llegada de los españoles fue saludada por el embajador en Estocolmo, Pantaleón de Moreno y Daoíz, recién llegado a la ciudad. A mitad de camino, en la ciudad-puerto de Halmstad, los españoles fueron obsequiados con un caluroso recibimiento por los habitantes de la ciudad.

La estancia en Gotemburgo

El 28 de agosto, el convoy entraba en la bahía de Gotemburgo. Y se encontró con la desagradable sorpresa de que el rey de Suecia prohibía el desembarco de los españoles. El motivo aducido resultaba pueril: la escasez de víveres en la plaza.

Por tanto, hasta que no llegasen los barcos de transporte ingleses, los soldados españoles tendrían que permanecer en sus naves y en los islotes despoblados de la bahía de Gotemburgo, abasteciéndose de los escasos víveres que aún les quedaban³⁸. Así tuvieron que sobrevivir hasta que el 5 de septiembre llegaron por fin los 37 barcos de transporte enviados desde Inglaterra. Eran buques grandes y buenos, provistos de víveres, en los que cabían todos los expedicionarios. Los españoles, gracias a los periódicos ingleses que traían las naves, pudieron conocer la victoria de Bailén y la retirada de Madrid del rey José, lo que les causó un entusiasmo indescribible.

El 9 de septiembre, el marqués de La Romana partió en el bergantín *Calypso* con destino a Londres, reclamado por el gobierno de su majestad. El marqués se despidió de sus hombres con un «hasta pronto en España». El joven general estaba muy orgulloso de sus soldados y de la hazaña conseguida.

El 10 de septiembre llegaron a Gotemburgo los 862 españoles desembarcados del *Edgard*. Por fin se reunían de nuevo todos los compatriotas fugados de Dinamarca.

El regreso a España

El 12 de septiembre, a primera hora de la mañana, partieron hacia España los 37 barcos de transporte de la Royal Navy, bajo el mando del capitán Campbell, que había llegado el día anterior en el *Nassau*. Aquel tibio día de otoño, los expedicionarios se alejaban de la costa, despidiéndose definitivamente de las frías tierras del Norte sin rastro de tristeza en el corazón. Solo les embargaban sentimientos de alegría, nerviosismo y emoción.

(38) Como excepción, y gracias a la intervención de Keats, se autorizó el alojamiento de los casi 300 enfermos, la mayoría de ellos venéreos, en unos almacenes de la Compañía Sueca de la India Oriental.

Tras una breve escala en Inglaterra, los barcos continuaron rumbo a España. Pero un fuerte temporal provocó que no llegaran juntos al puerto de Santander, como estaba previsto, sino de forma separada y escalonada a diversos puertos del norte de la Península.

En total, fueron repatriados 400 oficiales, 8.600 soldados, 116 mujeres, 67 niños y 49 criados³⁹. Atrás quedaron 5.724 españoles, según el parte del brigadier Salcedo, conde de San Román, que serían capturados por los franceses y enviados como prisioneros a Francia, donde permanecerían hasta el final de la guerra⁴⁰.

La Royal Navy había cumplido su misión: traer sano y salvo a la mayor parte del cuerpo expedicionario del marqués de La Romana. Los españoles se habían escapado de las garras de Napoleón.

Bibliografía

- ALBI DE LA CUESTA, Julio, y STAMPA PIÑEIRO, Leopoldo: «El capitán don Antonio Costa; una muerte romántica en Dinamarca», *Revista de Historia Militar*, núm. 54, 1983.
- BOPPE, Paul: *Les Espagnols à la Grande-Armée*, Berger-Levrault, París-Nancy, 1899.
- CASSINELLO PÉREZ, Andrés: *El capitán general marqués de la Romana (1761-1811)*, Fundación Instituto Empresa, Madrid, 2012.
- CIFUENTES CUENCAS, Margarita: *El Imperial Alejandro. El Ejército en los orígenes del constitucionalismo español*, Ministerio de Defensa (Premios Defensa), 2018.
- : «Juan Miguel Páez de la Cadena. El auditor que se burló de Napoleón», *Revista Española de Derecho Militar*, núm. 113, 2021.
- CLONARD, Conde de: *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas. Desde la creación del Ejército permanente hasta nuestros días*, Ed. Castillo, Madrid, 1851.
- COSTA SIMÓN, Miguel Francisco: «Problemas jurídicos y peculiaridades administrativas de una empresa singular: la expedición militar del marqués de la Romana a Dinamarca (1807-1808)», *Revista de Historia Militar*, núm. 69, 1990a.
- : *El marqués de la Romana. L'expedició a Dinamarca (1807-1808)*, El Tall Editorial, Barcelona, 1990b.
- DÍAZ ROMAÑACH, Narciso: «Tropas españolas en el Báltico», *Revista de Historia Militar*, núm. 53, 1982.
- FERNÁNDEZ GAYTÁN, José: «Con el marqués de la Romana en Dinamarca. La División del Norte y la ayuda que la escuadra inglesa prestó a su evasión (1807-1808)», *Revista General de Marina*, núm. 160, 1961.
- GELLA ITURRIAGA, José: *La Real Armada de 1808*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1974.
- GIL NOVALES, Alberto: *Diccionario biográfico de España (1808-1833)*, Fundación MAPFRE, Madrid, 2010.
- GODCHOT, Colonel: *En Danemark. Les Espagnols du marquis de la Romana (1807-1808)*, Auguste Picard, París, 1924.
- GÓMEZ DE ARTECHE y MORO de ELEXABEITIA, José: *Discursos leídos ante la Real Academia de Historia*, Imprenta y estereotipia de M. de Rivadeneyra, Madrid, 1872.
- : *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, Imprenta y litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1878.
- MARTÍNEZ GUTIÁN, Luis: *El marqués de la Romana*, Edit. Aldus Artes Gráficas, Santander, 1944.

(39) MARTÍNEZ GUTIÁN, ob. cit., p. 97.

(40) Cit. por COSTA SIMÓN, ob. cit., 1990b, p. 26.

MARGARITA CIFUENTES CUENCAS

- MÖRNER, Magnus: *El marqués de la Romana y el mariscal Bernadotte. La epopeya singular de la División del Norte en Dinamarca (1808)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004.
- MUÑOZ MALDONADO, José: *Historia política y militar de la guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1814*, 3 t., Imprenta de José Palacios, Madrid, 1833.
- PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo de: *De los últimos de Kronstad (sic) y otros olvidados de la guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.
- PRIEGO LÓPEZ, Juan: *La guerra de la Independencia, 1808-1814*, San Martín, Madrid, 1989.
- RAYMOND, David John: *The Royal Navy in the Baltic from 1807-1812*, Florida State University, 2010.
- ROBERTSON, James: *Narrative of a Secret Mission in the Danish Islands*, Londres, 1863.
- WINSLOW COPLEY, Goodwin: «El marqués de la Romana y los planes ingleses para la defensa de España en 1808», *Revista de Historia Militar*, núm. 36, Madrid, 1974.